

Cama individual

RICARDO CHAPARRO GARDEA

Eleuterio aún no despierta, todavía se encuentra en la comodidad que reserva la confusión de encontrarse apartado de toda conformación humana. Donde todo parece completamente ajeno y simple. Ese sitio es la última sala del sueño.

El umbral del sol irrumpe entre las distantes y esclavizadas persianas de la recámara y se expande en líneas rectas por todo el piso de la habitación. El sonido de las pisadas del primer transeúnte que pasa por la acera se filtra entre el mosquitero de la ventana, haciendo que Eleuterio se incline hacia su otro costado (aún con la mirada tranquila y con huellas de sudor entre los surcos de la frente), sintiendo en su rostro un leve viento que no corresponde al de la temporada (aún con el sueño a cuestas e ignorante de todo). Al abrir los ojos siente cómo el respirar de Violeta se mezcla con el suyo, entretejiéndose sobre la superficie de sus rostros y convirtiéndose en un aroma tibio y amanecedor.

Violeta aún no despierta. Él observa cuidadosamente su cara, con la misma postura desde que abrió los ojos. Vigila que su aroma no se escape entre la transparente sábana. El cuerpo dormido de ella se mueve milimétricamente, sus ojos se abren por vez primera en esta mañana (tal vez sintió el tibio respirar entretejedor de su observador silencioso). Las manecillas del reloj hacen que ella se altere y que él deje de mirarla. Después de unas cuantas vueltas de una de las manecillas más delgadas del reloj, olvidan las responsabilidades (tan distintas como el hecho de estar acostados en la misma cama), optando por hacer el amor (ya tantas veces lo hicieron la noche anterior que no tienen la certeza de saber qué tanto tiempo durmieron, ahora sus cuerpos ya están recuperados, dispuestos a unirse de nuevo).

Hacen el amor varias veces, ya ni saben con exactitud si desde esta mañana. Dos, tres, cuatro veces hasta que descubren que ya no pueden más. A pesar de que sus cuerpos son jóvenes, no quiere decir que no se cansen. Duermen otro rato, esta vez tampoco saben cuánto y no les interesa. Tal vez fueron sólo un par de horas o quizá sólo minutos. Sus cuerpos desnudos se adhieren a la sabana húmeda.

Eleuterio despierta. Violeta se recoge el pelo con broches de esos que cargan las mujeres a todos lados en sus bolsas de mano. Él sigue con su táctica de seguirla observando. Es tarde, Violeta piensa que el reloj se volvió loco. Se besan temerosamente por lo que ha sucedido. El rostro de Violeta refleja preocupación, sigue peinándose a la vez que sostiene un par de chavetas en los labios, mientras que Eleuterio busca sus calzoncillos debajo de la cama.

Él se despide. Todo empieza a tener sentido para Eleuterio. Todavía huele a Violeta por todas partes, es un aroma a tierra húmeda, como cuando termina de llover.

Son las cinco de la tarde con varios minutos, Eleuterio se encuentra observando perdidamente el jardín por la ventanilla de la recámara, mientras respira ese aroma a tierra mojada que lo acompaña desde esta mañana.